

# **PROPUESTA DE METODO PARA LA PRIMERA SESION DEL CONCILIO HECHA POR LA CONFERENCIA VENEZOLANA DE RELIGIOSAS Y RELIGIOSOS (CONVER) el día 27 de Noviembre de 2000, presentada por el Presidente de la Junta Directiva**

*P. Artuto Sosa, S.J.*

Las religiosas y religiosos elegidos por la Asamblea de la CONVER para participar como miembros del Concilio Plenario de Venezuela nos reunimos con un grupo de profesores del ITER durante los meses de Octubre y Noviembre para estudiar los documentos preparatorios de la Primera Sesión conciliar. Estudiamos el método y los contenidos de los tres temas propuestos. A una de las reuniones asistió Mons. Mariano Parra Sandoval, Secretario General del Concilio, para completar la información sobre el método y compartir inquietudes. Con fecha 15 de Noviembre del año 2000, la CONVER envió una carta a la Secretaría General del Concilio, proponiendo a la Comisión Organizadora el objetivo y método para esta primera sesión conciliar. A través de Mons. Parra, se nos respondió que la propuesta debía ser presentada a la Asamblea Conciliar para que fuese ella quien tomase la decisión. Así lo hicimos en la Plenaria de la mañana del lunes 27 de Noviembre, luego de que Mons. Freddy Fuenmayor expusiese el método previsto por los organizadores. La Asamblea discutió la temática en la sesión de la tarde, prefiriendo seguir el programa previsto. A continuación la propuesta de la CONVER. Y sigue el texto que publicamos aquí:

«1. Animados por la palabras introductorias del Presidente del I Concilio Plenario de Venezuela, Mons. Ovidio Pérez Morales en las que recordaba las actitudes de conversión y diálogo necesarias para esta fase del Concilio, según las cuáles debemos dejarnos evangelizar antes que hablar a otros y llegar a compromisos operativos evaluables para renovar a la Iglesia de Venezuela desde adentro, presentamos a la Asamblea esta propuesta de método para esta primera sesión, fruto de la reflexión conjunta de las religiosas y religiosos, miembros del Concilio en representación de la Vida Religiosa venezolana.

2. Si el método es el camino adecuado para llegar al objetivo propuesto, eso significa que no puede establecerse un método sin que se tenga claro el objetivo que se desea alcanzar. No hay métodos universales, ni mejores o peores en sí, sino métodos adaptados o inadecuados para el fin que se quiere. Si esta primera sesión del Concilio, realizada a través de una asamblea numerosa de personas que no se han encontrado antes, convocada para discutir unos temas y tomar unas resoluciones, adopta el método previsto de intervenciones abiertas y

seguidamente discusión por grupos de los temas elaborados con anterioridad, en base a documentos de trabajo, dando un tiempo muy breve y pretendiendo que los grupos hagan propuestas concretas sobre los documentos previos, lo normal es que el resultado sean los mismos documentos oficiales con algunas modificaciones. Este método supone que, consciente o inconscientemente, el objetivo del Concilio es aprobar unos documentos previos, en pocos días. El inconveniente drástico de concebir así el objetivo de esta primera sesión es que solamente quienes elaboraron los documentos de base se harán cargo de ellos. Los demás, no se sentirán implicados, ya que esa dinámica no permite una asimilación que tenga efectos importantes en la vida normal. Serán documentos sin sujeto social que responda por ellos.

3. Si el objetivo, como cree la CONVER, es que los temas se discutan a fondo, para que los participantes se hagan cargo de ellos y luego puedan llevarlos a la práctica, el temario debe reducirse radicalmente, las discusiones de grupo tienen que ser más abiertas y más amplias, tiene que darse interrelación entre los grupos y sólo se pretenderá llegar hasta donde efectivamente se haya llegado. El resultado de esa asamblea, será, entonces, real y por tanto, dará lugar a un proceso de transformación tanto en las personas como en la institución, porque tiene sujeto.

4. Nos parece que el objetivo primordial del Concilio Plenario Venezolano es que se constituya, al menos en principio y embrionariamente, el sujeto social de la Iglesia que es el Pueblo de Dios, es decir, los cristianos y cristianas de Venezuela que estén dispuestos a hacerse cristianos juntos, compartiendo su fe, llevándose en el amor fraterno y participando de la única misión de construir en el país el mundo fraterno de los hijos de Dios.

La Iglesia venezolana, tal como funciona y es percibida, es de hecho sólo la institución eclesiástica (los Obispos, sacerdotes y, en el mejor de los casos, la vida religiosa, y sus estructuras jerárquicas). Si queremos dar el paso a que el sujeto eclesial sea el Pueblo de Dios, la institución eclesiástica debe dar lugar a los restantes miembros de ese Pueblo de Dios para que así puedan ocupar el puesto que les corresponde; y para eso los integrantes de la institución eclesiástica deben reasumir el espesor que tiene su condición de cristianos, opacada, muchas veces, por su Ministerio. Sólo si se da el paso de la institución eclesiástica al Pueblo de Dios como sujeto real de nuestra Iglesia, será la Iglesia venezolana un sujeto numeroso, dinámico, variado y mutuamente referido, es decir, un sujeto social que podrá plantearse objetivos concretos y llevarlos a cabo.

Como la identificación entre institución eclesiástica e Iglesia está tan interiorizada y naturalizada, va a costar mucho esfuerzo remover las aguas de manera que los miembros de la institución se hagan cargo de la anomalía actual, estén decididos a cambiar y vislumbren vías para una reconversión tan profunda.

Por eso, creemos que en esta primera sesión el tema eclesial debe ser el único que se trate y éste del paso de la institución eclesial al Pueblo de Dios debe ser el enfoque desde el que se trate, profundizando en el análisis de la estructura actual y de las causas que la mantienen y tratando de iluminar lo que quiere Dios para nosotros como Iglesia venezolana

5. La CONVER propone, siguiendo esta línea de reflexión que el objetivo de esta primera sesión, e incluso de todo el Concilio, sea plantearnos realmente y a fondo este tema de la Iglesia que somos y de la Iglesia que somos llamados a ser, iluminarlo desde el Evangelio y presentar direcciones alternativas para que demos pasos significativos en la constitución del Pueblo de Dios.

6. Lograr este objetivo requiere escoger el método y la dinámica apropiada. Como lo más importante es remover las aguas de manera que el nudo problemático quede realmente planteado, la condición indispensable es que todos los participantes en la primera sesión reflexionen conjuntamente (en grupos y asamblea) este tema en primer lugar, sin tratar ningún otro en paralelo. Por consiguiente, la distribución del tiempo tiene que contemplar la posibilidad de que se converse despacio, para que haya auténtico diálogo, hasta que salga todo lo que se lleva dentro; esto exige tiempos de trabajo en grupo densos y prolongados. Igualmente es crucial que intervenciones en el Aula levanten inequívocamente el problema y que se discuta en asamblea para despejar incógnitas y aclarar posturas.

7. Además de la razón expuesta hay otra ambiental que nos mueve fuertemente a elegir el tema y método propuesto: vivimos en una situación no sólo ambientalmente individualista sino con gérmenes organizativos marcadamente anti-participativos. Por esto pensamos que la contribución más profética y contundente que puede dar la Iglesia venezolana al país es su propia reconversión estructural que la lleve a ser Pueblo de Dios que, por una parte, será vista por nuestros conciudadanos como un signo elocuente y, por otra, se convertirá en caldo de cultivo para que los cristianos de Venezuela, participando como la levadura en la masa, propicien este modo participativo en las distintas esferas (económicas, políticas, sociales y culturales) en las que se mueven en su vida ordinaria.

8. En resumen, la CONVER propone como:

a)Objetivo de esta primera sesión del CPV plantearnos a fondo la Iglesia que somos y la Iglesia que somos llamados a ser para avanzar en la constitución de la Iglesia como Pueblo de Dios.

b)Siguiendo el método de tratar este tema único tema en todos los grupos, con interrelación entre ellos y en Asamblea.

# CONCILIO vs EXCLUSIÓN

*P. Jesús García, O.F.M.Cap, Vicario Episcopal del Vicariato del Caroní*

## UNAS PINCELADAS DE HISTORIA

El lunes 27 de noviembre, en el aula magna de la Universidad Católica Andrés Bello, alrededor de las 8:00 am, nos fuimos congregando los miembros conciliares, los peritos y expertos, y los observadores fraternos. Unas trescientas personas en total. Momento propicio para el reencuentro de muchos conocidos laicos, religiosos, sacerdotes, obispos. En las dos primeras categorías había mujeres y hombres, en las dos siguientes sólo varones, ya se sabe. Intercambio de saludos y noticias.

Más tarde, después de una breve oración, se leyó el acta que daba cuenta de algunas actividades realizadas el día anterior a continuación de la misa y la mesa inaugurales. Luego, palabras de los delegados del CELAM y de la Conferencia Episcopal de Brasil: una llamada a vivir el Concilio en clave de Pentecostés y en clima de alegre fraternidad. Alguien nos leyó los integrantes de las diversas comisiones. Teológico Pastoral, Jurídica y temáticas (La Proclamación, La Comunión, La Contribución). Nos presentaron los criterios metodológicos con que fueron elaborados los documentos con que trabajaremos (opción clásica: ver, juzgar, actuar).

Arturo Sosa, jesuita, como vocero de CONVER, hizo lectura de una propuesta alterna a la agenda oficial de esta primera sesión conciliar. Una llamada a partir de una revisión de vida y de un diálogo profundo para realizar la verdad en el amor. Una revisión de la estructura y la dinámica de la Iglesia venezolana, en orden a su transformación. Mons. Ovidio, presidente del Concilio, propuso que escucháramos la presentación de los documentos de trabajo antes de discutir la propuesta CONVER. Así se hizo. Después de la presentación de cada documento había espacio para varias intervenciones. Sería difícil, en tan pocas líneas hacer justicia a las mismas. Aunque la propuesta CONVER fue rechazada, al votar el 80% a favor de continuar con la agenda, los documentos y el método previamente establecidos, la discusión que se abrió levantó la liebre. El nudo gordiano de la sociedad y de la Iglesia venezolanas es el mismo: la exclusión de los pobres y de los laicos. Ambas exclusiones son el efecto perverso de unas estructuras y dinámicas criollas, clientelares, secuestradoras de la participación, contrarias a una auténtica democracia y a una Eclesiología de Pueblo de

Dios. No estamos aquí para sacar más documentos, más o menos coherentes con el magisterio conciliar (Vaticano II) y latinoamericano (Medellín, Puebla, Santo Domingo); estamos aquí para desatar ese nudo gordiano, para transformarnos y para convertir las perversas estructuras de exclusión. Quiera el Abba darnos, por la acción del Soplo, la presencia viva de su Hijo, para que con Él podamos hacerlo.

Desde el martes 28 hasta el jueves 30 inclusive, la mayor parte del tiempo trabajamos en quince pequeños grupos, de unos veinte miembros cada uno. Me correspondió laborar en uno de los grupos que reflexionamos y dialogamos sobre “la proclamación profética del Evangelio de Jesucristo en Venezuela”. Lo que íbamos produciendo en los grupos pasaba a la correspondiente Comisión temática que iba haciendo tarea de síntesis. El clima de diálogo fue verdaderamente conciliar: honestidad y caridad.

El viernes 1 fue la asamblea plenaria de cierre escuchamos la presentación de la nueva versión de los tres documentos, todavía borradores. Las comisiones temáticas recibirán aportes hasta final de marzo. Fueron elegidos los siguientes tres temas y los miembros de las respectivas Comisiones: Formación de los creyentes, Laicos y Familia. Estas nuevas Comisiones tienen que diseñar el proceso de Consulta al Pueblo de Dios sobre los nombrados temas. Se admitió que las sesiones sean cada ocho meses y duren una semana. Esto significa que, Dios mediante, el Concilio terminará el 2004. la segunda sesión sería del 29 de julio al 04 de agosto del 2001.

## **UN PUNTO DE VISTA**

Es imposible hacerse cargo, en estas líneas, de los documentos de trabajo originales, del proceso de discusión y de los cambios hechos a los textos. Sólo hago una aproximación personal a la realidad, apuntando los detalles que considero más importantes.

En “la proclamación profética el desafío primordial es poner la Biblia, especialmente el Evangelio, en manos de todos los cristianos, especialmente de los excluidos, en síntesis pobres y laicos, para que en lectura orante y comunitaria nos encontremos con Jesús y Él nos haga crecer en su seguimiento. De allí vendrá, por añadidura, lo demás: la palabra compartida creará comunidades más participativas (Iglesia comunión), de miembros adultos, con conciencia crítica y capacidad de lucha para transformar las estructuras y dinámicas excluyentes, en la Iglesia y en la sociedad (Contribución a la gestación de una nueva sociedad).

En la “Iglesia comunión” el principal desafío ya queda dicho arriba: dejarnos evangelizar para transformar la relación clientelar existente entre la institución ecle-

siástica y la mayoría de los cristianos. Esto implica asumir en serio que todos somos hermanos, iguales y libres; que los clérigos antes de ser tales somos cristianos, y por lo mismo condiscípulos del único Maestro; que el ministerio es servicio. Los eclesiásticos debemos “disminuir” para que los laicos crezcan; debemos dejarles lugar para que digan su palabra adulta, portadora de dones del Espíritu, para aumenten en participación, en realización de su misión en la Iglesia y en el mundo. Los laicos, con coraje espiritual, deben exigir su lugar y testimoniar el Evangelio en sus ambientes vitales. Esta tarea es inmensa, porque van siglos de señorío clerical y de “minusvalidez” laical.

En «Contribución a la gestación de una nueva sociedad» se trata fundamentalmente de profundizar en la opción por los excluidos, acompañándolos evangélicamente en la transformación de las perversas estructuras y relaciones que generan simultáneamente miseria y deshumanización, siendo la peor deshumanización la de quienes detentan el poder y reciben los privilegios.

En una frase: evangelización inculturada y liberadora. Nada nuevo bajo el sol latinoamericano.

## ALGUNOS COMENTARIOS

Cira de Machado, petareña, hizo notar, en subplenaria de los grupos de ‘La proclamación’, la ausencia del tema de la mujer, uno de los grandes signos de los tiempos Ignacio Castillo, jesuita, señaló que hay otra gran ausencia es el tema de la sensibilidad ecológica.

Hay en los documentos iluminación bíblica y magisterial. No hay luces patristicas.

Al hablar de la inculturación se insistió en dos puntos: es una tarea compleja que ha de realizarse en seis áreas culturales (indígena, afroamericana, rural, criolla, suburbana y adveniente) y exige lucidez teórica y, antes de hechar la suerte con los sujetos de la respectiva cultura, desde abajo.

La discusión sobre la autenticidad de la fe en el catolicismo popular fue muy interesante. En síntesis: prueba irrefutable de la nombrada autenticidad es que el catolicismo popular y la institución eclesiástica necesitan por igual la constante confrontación con la persona de Jesús de Nazaret, paradigma de nueva humanidad y liberador integral.

Sólo puede dar respuesta a los desafíos de la misión (‘los que están lejos o alejados y ‘ad gentes’) una Iglesia desinstalada, animada por el Soplo y la Palabra, no homogeneizada con las otras instituciones sociales, aunque sí inculturada.

No estoy seguro de que sea correcto ubicar la pastoral indígena en mi-

sión 'ad gentes'. La mayoría de las comunidades indígenas ya recibieron el primer anuncio y, habiendo aceptado la fe cristiana, varias están dando frutos misionales.

En una consulta al Pueblo de Dios que peregrina en Kavanayén, Vicariato del Caroní, un grupo de laicos indígenas proponían 'que los Obispos de los Vicariatos Apostólicos inviten a sus colegas para que vengan y vean, y luego vayan a sus diócesis y Arquidiócesis a dar testimonio de lo visto y oído en las comunidades indígenas.'

Se reconoce en el documento correspondiente que el reconocimiento jurídico del país como realidad pluricultural y la creciente conciencia eclesial del desafío de la inculturación son, en gran parte, frutos de las luchas de los Pueblos indígenas.

La voz del pueblo Yukpa se hizo sentir a través de Esmérita Romero, una delegada conciliar del Vicariato de Machiques, quien, después de agradecer el don del Evangelio, recibido de los misioneros, y de hacer breve memoria del II Encuentro Nacional de Indígenas y Misioneros, pidió apoyo de la Iglesia toda para las comunidades indígenas que están en pie de lucha por sus hábitats y tierras de propiedad colectiva, en la Sierra de Perijá.

Fue notorio la poca presencia del Concilio en los medios de comunicación, especialmente en televisión. ¿Poco interés por parte de los MCS o falta de cabildeo por parte del CPV? Una tarea pendiente para la siguiente sesión.

Varios desafíos apuntaban a la formación de los curas diocesanos y de los religiosos: ¿se está formando en encuentro personal con Jesús, para la comunión eclesial y para el servicio, especialmente en medio de los pobres? ¿O en la acumulación de textos y para ser burócratas más o menos simpáticos?.

Eladio Torres, laico, dijo una frase rotunda: sin un laicado adulto no será posible la Nueva evangelización.

Alguien señaló que la historia venezolana del siglo XX es la historia de un gobierno dueño de la riqueza petrolera y de unas instituciones dependientes del Gobierno. El famoso bozal de arepa... si no se modifica esa relación perversa ninguna institución, incluyendo la Iglesia, tendrá suficiente autonomía para realizar su misión.

Al final se nos insistió en la responsabilidad que tenemos como conciliares en la vuelta a nuestras comunidades de origen: oración, información, nuevas consultas al Pueblo de Dios. Se trata de lograr esa capilaridad en el CPV y en toda la Iglesia venezolana.

# CONCILIO PLENARIO VENEZOLANO: PUNTO DE PARTIDA.

*P. Carlos Bazarra, O.F.M.Cap, Provincial de los Capuchinos*

Se inició el domingo de Cristo Rey (26 de noviembre del 2000) en un acto masivo en el Parque deportivo de las Naciones Unidas: Obispos, presbíteros, religiosas y religiosos, laicos (adultos, jóvenes, alumnos de colegios católicos, indígenas...) y animadores populares empeñados en rompernos los tímpanos haciendo gritar a la gente y repitiendo cada dos por tres: “Un fuerte aplauso para...” Y en el centro de la pista todo el elemento sacerdotal ordenado pronunciando las humildes palabras de Jesús en su última cena, en lenguaje de la península ibérica, que no venezolano: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros”. Así comenzó el primer Concilio Plenario Venezolano (CPV).

Doy gracias a Dios por haber podido participar en esta primera fase del CPV, porque para mí fue gracia, eclesialidad en acto, posibilidad de asomarme a otros hermanos y descubrir su manera de pensar, a veces concorde y a veces discrepante, pero que no por eso dejaban de ser hermanos. La presencia de los “hermanos separados” me ensanchó el corazón; las mujeres de barrio o de la periferia me impactaban por sus planteamientos; los intelectuales confirmaban mi convicción de que la razón y la ciencia no se oponen a una fe auténtica; los indígenas y la gente sencilla con su religiosidad popular me descubrían la entraña de la catolicidad, y así tantas cosas. También fue gracia porque me ayudó a relativizar mis opiniones, y a pedir perdón por la forma apasionada en que quizás defendí mis puntos de vista. Siempre la persona por encima de la doctrina.

Voy a expresar a vuelapluma mis impresiones de esta fase del CPV. Puede haber otras perspectivas, que respeto. Insisto en la relatividad de mis opiniones, lo cual no significa que no tenga que ser coherente conmigo mismo. Y me voy a centrar en el primer documento: “La proclamación profética del Evangelio de Jesucristo en Venezuela”. Fue el único documento que trabajé, primero en el grupo cuarto que me correspondió, y en segundo lugar en la comisión temática para la que fui elegido, sintetizando todas las sugerencias que nos llegaron de los otros grupos.

Quiero aquí hacer notar lo que considero una limitación: Tres temas amplios para una semana, no pudieron ser estudiados por todos. A lo sumo algún grupo pudo asomar la nariz a un segundo tema, pero en realidad el CPV en la

totalidad de sus miembros no profundizó los tres temas. Prácticamente cada tema fue abordado por una tercera parte.

Lo positivo fue que estos documentos no se consideran definitivos, sino que permanecen abiertos a ampliaciones, reducciones, sugerencias... hasta la segunda fase que, Dios mediante, será en la primera semana de agosto del 2001. De ahí que yo titule estas notas como punto de partida del CPV, no sólo cronológicamente, sino también espiritualmente. Estos documentos no son punto de llegada, sino que deben estimularnos a seguir profundizando, avanzando y abriendo caminos. Así hemos de considerar cada Concilio Ecuménico, desde el de Nicea hasta el Vaticano II.

Centrándome ya en “La proclamación profética del Evangelio de Jesucristo en Venezuela”, descubro un tema que me apasiona: la humanización. ¿Cómo lo explicaría? Soy criatura, nunca podré ser Dios. Me está vetada la “identidad con Dios”. Pero podré lograr “la comunión con Dios”, en la que Dios seguirá siendo Dios y yo seguiré siendo hombre. La comunión respeta las diferencias personales, como ocurre en el misterio de la Trinidad. Y ese es el misterio de la Iglesia comunión, basada en una fraternidad que respeta las diferencias, sin crear subordinaciones antifraternas.

Que Dios ama lo humano es el significado sustancial del dogma de la Encarnación: Dios se hace hombre para mostrarnos que ser humano merece la pena. La aceptación de la Encarnación no puede limitarse a un aserto intelectual, sino a asumir la tarea de humanizarnos a lo largo de nuestra vida.

Somos hombres o mujeres desde que nacemos, pero todavía no somos humanos. Incluso muchos no logran este empeño fundamental y se quedan a mitad de camino o retroceden hacia la deshumanización. Toda deshumanización es contraria al proyecto de Dios.

Dios nos quiere humanos. Es lo que significaría la afirmación evangélica de que “el hombre es antes que el sábado” (Mc 2,27). O la afirmación paulina de que “al presente hemos quedado emancipados de la ley” (Rm 7, 6). “Los hijos son libres” (Mt 17,26).

No voy ahora a desarrollar toda esta perspectiva de humanización. La única manera de entrar en comunión con Dios es humanizándonos (con la ayuda de la gracia, por supuesto), nunca deshumanizándonos. Lo humano no rivaliza con lo divino, sino que en la persona de Jesús se demostró la posibilidad de esta unión de lo divino y lo humano, como lo dogmatizó Calcedonia diciendo de Jesús que es verdadero Dios y verdadero hombre, “inconfuse, immutabiliter, indivise, inseparabiliter” (DS 302).

Dios nos quiere humanos, quiere una Iglesia humana, un mundo humano, que es la condición de posibilidad para entrar en comunión con la Divinidad. Para eso Dios se humanizó, para enseñarnos a ser humanos, frente a la tentación perenne de querer ser dioses (Gn 3, 5).

El programa de Jesucristo quedó patente en el himno a los Filipenses: “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y apareciendo en su porte como hombre, y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó” (Flp 2, 6-9).

El documento de la proclamación profética del evangelio de Jesucristo insinúa esta dirección en varios lugares, que voy a citar en su numeración provisional:

“Se están dando profundos procesos de deshumanización” (28).

“El plan salvífico de Dios lleva consigo... la vocación y dignidad de la persona humana... que implica la liberación de todo lo que oprime al hombre” (párrafo sin número, anterior al nº 65).

“Consideramos como un pecado las situaciones de deshumanización” (65).

“Al vivir con una libertad y plenitud humana, revela a Dios como el Dios de la vida, como la fuente de la humanización... Nos invita a la conversión a su escuela de humanidad” (69).

“Quien rompa con la humanidad, se opone a los planes de Dios” (71).

“Jesús es modelo de humanidad. Aceptarlo es asumir un proyecto de humanización” (74).

Al preguntarnos cómo ejercer la denuncia profética, se responde “humanizando nuestra sociedad” (121), y promoviendo y defendiendo los derechos humanos (122) (cfr. 7 y 30).

Estas citas son verdaderamente un punto de partida que nos dan la oportunidad de desarrollar todo un anuncio profético del que tanto estamos necesitando.

¿Qué es lo que añade al ser hombre o mujer la condición de humano? Pues sencillamente la misericordia, la solidaridad con los pobres y con los débiles de este mundo. Los textos abundan. Se valora en los que están lejos el que practiquen las obras de misericordia (18). Se dice que Jesucristo nos revela a un

Dios que es Padre, que escucha los gritos del pueblo y viene a liberarlo (70). El Reino es una nueva manera de vivir y de convivir... un mundo gobernado por los criterios y promesas de Dios (amor, misericordia, justicia, paz) (72). Jesús prefiere a los marginados (pobres, publicanos, samaritanos), como con pecadores... Indica que el camino hacia Dios pasa por el amor y la solidaridad con los más débiles (73).

“Se trata de hacer, aquí y ahora, cosas equivalentes a las que hizo Jesús: buscar a los pecadores de hoy para hacerles sentir el amor y la solidaridad del Señor; preferir a los pobres como compañeros de vida... (79).

“El compromiso con los pobres y los oprimidos, y el surgimiento de las CEBs han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a la conversión” (90).

Ser humano es ser samaritano, tener entrañas de misericordia. Y entonces surge la dimensión fraterna que constituye la primera eclesialidad. “A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29). Lo humano se amplía y consolida en lo fraterno. “Todos ustedes son hermanos” (Mt 23, 8).

Lo antifraterno es antieclesial por ser antievangélico.

La fraternidad es otra idea que el CPV toca con frecuencia, en la que yo veo una mina para el anuncio profético. Porque no se trata de una idea poética sino un desafío tremendo.

Es una de las sombras que nos afligen: “Se promueve el individualismo como forma de vida. Cada uno hace su vida sin los demás o contra los demás. Se tiende a tratar a las personas como cosas, olvidando su dignidad, diferencia y misterio” (29).

Una causa de alejamiento es la frialdad de algunas celebraciones, las cuales no incluyen el aspecto afectivo y fraterno de nuestro pueblo” (61).

Persistencia de una práctica clericalista de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos que han llevado a vernos como funcionarios y no como hermanos” (64).

“El Reino es... una ciudad de hermanos donde Dios es Padre” (72).

“El Espíritu nos hace descubrir a Jesús como el Señor, nos hace llamar a Dios Padre y nos hace vivir como hermanos” (77).

“Hay que anticipar con acciones concretas el mundo fraterno y justo que queremos construir” (79).

“Hay que crear pequeñas comunidades cristianas en las que se anuncie el Evangelio de forma más personalizada, de modo que sus participantes tengan mayores oportunidades de conocerse, tratarse como hermanos, orar con la Pala-

bra de Dios (lectura orante)... (135).

Están aquí descritas las coordenadas de una auténtica evangelización: Ser hijos de Dios como personas humanas, solidarias con los pobres y pecadores, y viviendo en fraternidad. Estas coordenadas son en verdad un punto de partida que nos interpela, nos cuestiona desinstalándonos y nos pone en camino saliendo de nosotros mismos (éxodo) (77).

En algún momento tuve la impresión de que se hablaba de la Iglesia como una sociedad de puros y santos, en los que no podía haber pecadores. Abrí el Evangelio y leí: “Aprendan qué significa aquello de ‘Misericordia quiero, que no sacrificio’. Porque no he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9,13). Camino de Jerusalén, pasando por la región de los samaritanos, éstos no quisieron recibirlo. La reacción de Santiago y Juan fue semejante a muchos de nuestros días que reclaman el castigo de lo alto: “¿Quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? Pero volviéndose, los reprendió” (Lc 9, 54-55). “Jesús no combate el mal con la violencia, sino que carga el pecado, como Mesías siervo, y se solidariza con las víctimas (Mc 10, 45)” (72).

El CPV puede ser el punto de partida para una Iglesia en Venezuela, verdaderamente fiel a lo venezolano (inculturada), fiel a la Palabra de Dios (evangélica), humana y fraterna, y sobretodo misericordiosa. Si es así, bienvenido sea el Concilio Plenario Venezolano. Pero si vamos a seguir encerrados en legalismos sin amor, con una pastoral centrada en el templo, sin entrañas de misericordia, alejada de los pobres y oprimidos, entonces estaremos perdiendo el tiempo. Confío en que el Espíritu nos ayude a descubrir que “quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20). El camino no es la deshumanización, ni lo antifraterno: “Si vas a hacer tu ofrenda al altar y recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda” (Mt 5, 23-24). En definitiva, el hombre antes que el sábado, antes que la ley, antes que el culto del Templo.

Vamos todos a comenzar a construir una Iglesia fraterna. A eso apunta el CPV.

# PRIMERA SESIÓN DEL CONCILIO PLENARIO VENEZOLANO: BUEN COMIENZO

*P. Pedro Trigo, S.J. experto del Concilio Plenario de Venezuela*

## 1: CRÓNICA

Como estaba previsto, el viernes, 1 de diciembre, concluyó la primera sesión del Concilio Plenario Venezolano. Esa tarde se fijó la fecha y los temas de la próxima sesión. En ésta se estudiaron tres temas, elegidos de antemano por la presidencia del Concilio, hasta arribar a una redacción que, basada en documentos de trabajo, los modificó en aspectos puntuales. Pero los textos no se llegaron a votar y siguen abiertos hasta el 31 de marzo, cuando las respectivas comisiones, tomando en cuenta las observaciones que reciban, prepararán los textos que serán votados al comienzo de la siguiente sesión. Esta segunda sesión se desarrollará, Dios mediante, del 28 de julio al 4 de agosto del año en curso.

El Concilio se abrió el domingo 26, fiesta de Cristo Rey, con una misa en una cancha deportiva cubierta, presidida por el Cardenal Medina, enviado personal de Su Santidad, concelebrada por todo el episcopado y por los sacerdotes miembros del concilio, y coreada por unas siete mil personas que derrocharon entusiasmo a lo largo de toda la mañana. En la misa los miembros del sínodo hicieron solemne y pública profesión de fe. A la tarde se trasladaron al aula magna de la UCAB, donde se instaló el concilio y comenzaron las sesiones con los discursos inaugurales del enviado del Papa y de Mons. Ovidio Pérez Morales, presidente de concilio. A continuación se presentaron los miembros, se leyeron los estatutos y reglamentos y se eligieron las comisiones que se encargarían de la redacción de cada uno de los tres temas.

El lunes el secretario del concilio comenzó presentando la metodología adoptada en la elaboración de los documentos, que consistía en una interpretación del método, usual en América Latina, de ver (luces y sombras), juzgar (iluminación teológica) y actuar (objetivos y líneas de acción). En ese momento el representante de la Confederación Venezolana de Religiosos tomó la palabra para proponer que antes de estudiar los temas previstos se introdujera el tema de la Iglesia. Partiendo del hecho de que para la gente la Iglesia son los curas (la institución eclesiástica), pedía que el concilio se preguntara por las causas de esta configuración institucional y que diera pasos hacia la constitución de la Iglesia como Pueblo de Dios. El objetivo de la propuesta era ampliar

significativamente el sujeto social de la Iglesia venezolana, de manera que las propuestas que hiciera el concilio tuvieran una base amplia y variada de sustentación. Se le respondió que primero presentarían los tres temas y luego se votaría la propuesta. Las intervenciones previas a la votación insistieron muy emotivamente en que era una falta de respeto con los que habían trabajado los temas dejarlos de lado. Algunas intervenciones mediadoras, reconociendo que la CONVER no rechazaba los temas sino que pedía postergarlos, abogaron por ver la propuesta de los religiosos y otro de los tres temas presentados. Por fin se votó y el concilio siguió el cauce previsto. Finalmente cada uno de los participantes tuvo oportunidad de apuntarse a uno de los 15 grupos (5 por cada tema) que durante la semana trabajarían los textos propuestos. El tema primero llevaba por título *La proclamación profética del evangelio de Jesucristo en Venezuela*; el segundo, *La comunión en la vida de la Iglesia en Venezuela*; y el tercero, *Contribución de la Iglesia a la gestación de una nueva sociedad*. El promedio de miembros de cada grupo fueron 18 personas.

Del martes en la mañana hasta el mediodía del viernes se trabajó en esos grupos. Los tres primeros días cada grupo estudió su tema y el viernes en la mañana les tocó opinar sobre la redacción del tema primero que la comisión había logrado acabar la noche anterior y desde media mañana, sobre el tema segundo que acababa de entregar la comisión correspondiente. En la tarde del viernes las comisiones siguieron incorporando observaciones y entregaron a todos los participantes el resultado de su trabajo para que lo devolvieran a las bases para que toda la Iglesia sepa qué hizo el concilio y para que sigan haciendo sus aportes.

## **2 : BALANCE**

### **2.1 el concilio como acontecimiento**

Lo más hermoso que podemos decir de esta primera semana conciliar es que aconteció. El concilio fue un verdadero acontecimiento; se llegó a una comunicación personal en la que estuvo por medio el Espíritu de Jesucristo. Y por eso al acabar los congregados llegaron a constituirse en un verdadero sujeto colegiado, en un cuerpo social que fue capaz de ir más allá de sus posiciones iniciales porque trascendió, haciéndose en una medida apreciable cuerpo de Cristo.

En el lenguaje tradicional católico se dice que la gracia se apoya en la naturaleza y la perfecciona trascendiéndola. Eso sucedió en el concilio: en los grupos se dio curso libre y denso a las relaciones comunitarias personalizadas, que son una de las características más humanizadoras que tenemos como pueblo. En los grupos estaban mezclados obispos, sacerdotes diocesanos y religiosos,

religiosas, laicos y laicas. En casi todos los grupos cada quien estaba como la persona concreta que era; cada quien hablaba desde su experiencia, una experiencia situada, sin duda, pero la experiencia de ese cristiano, de esa persona; no una experiencia a nivel de colega, es decir a nivel profesional, sino experiencia personalizada, comunicación de fe. Eso, incluso cuando se discutía a nivel analítico y conceptual: no se pretendía dar una clase ni catequizar a los demás sino comunicar lo que uno tenía quintaesenciado.

Es cierto que esa comunicación habría ganado en calidad si cada quien hubiera venido con un estudio más detallado de los documentos de trabajo; pero lo bueno que tuvo lo que se hizo es que se reaccionaba desde lo que se tenía en el corazón, desde lo mejor de sí, y que se escuchaba con verdadera fe cristiana, pensando bien del otro, teniéndolo por hermano en Cristo. De ese modo a lo largo de los días el grupo iba tomando cuerpo, tornándose un colectivo altamente personalizado, en el que cada quien veía cómo se potenciaba lo mejor de sí.

Si el concilio sigue aconteciendo desde esta experiencia comunitaria, algo va a cambiar en nuestra Iglesia. En efecto, si experimentamos en sucesivas sesiones cómo este compartir como cristianos nos hace bien, nos enriquece y a la vez es eficaz, construye Iglesia, ¿por qué no convertirlo en estructura permanente? ¿Por qué tenemos que relacionarnos siempre desde nuestros respectivos papeles, si cuando lo hacemos desde nuestra íntima y personal identidad de cristianos nos edificamos mutuamente y todos salimos ganando? ¿No es cierto que este ejercicio primario de eclesialidad nos capacita para ejercer con integralidad nuestras respectivas funciones? ¿No es ése el humus nutricional y la luz adecuada para ser teólogos más comprensivos y útiles, presbíteros más sólidos y participativos, obispos más entrañados en su Iglesia y por eso con más autoridad, y laicos más libres y eclesiales?

## **2.2 ¡por fin afloraron discusiones públicas!**

Un segundo aspecto en el que el concilio ha sido un verdadero acontecimiento ha sido el de las discusiones públicas que se han tenido en subplenarias y plenarias. Es claro que, puesto que de hecho existen diversas opiniones y en principio es bueno que se den (en lo que no colide con la común fidelidad a la Tradición que viene de Jesús), el concilio acontece cuando se exponen con la libertad de los hijos de Dios para que todos las sopesen y discerniéndolas lleguen a resoluciones saludables. El punto de partida es que en nuestra Iglesia no se da ese diálogo. Se da la coexistencia pacífica de diversidades legítimas, lo que es sin duda mucho menos malo que la imposición de un solo parecer y línea. Pero no se da el diálogo y menos el diálogo público. Eso ocurrió con la propuesta de la

Conver: las intervenciones fueron un diálogo de sordos. Unos rechazaban lo que los otros no habían propuesto y, ante la incomprensión, éstos no aclararon suficientemente su propuesta. Sin embargo, en subplenarias sí hubo diálogo, y el que el concilio acabara con la discusión de dos obispos me parece todo un signo. Si todos, empezando por los obispos, llegamos a comprender a través de la práctica conciliar que discutir cristianamente no sólo no es signo de mal espíritu o de debilidad institucional sino que es por el contrario ejercicio elemental de responsabilidad y un modo indispensable de crecer en unión, es decir de irnos haciendo Iglesia adulta, aprenderemos por fin a procesar conflictos y creceremos en madurez cristiana, en tolerancia mutua y en sentido de pertenencia eclesial. Es bueno que la presidencia haya propiciado ese ambiente y no haya impuesto un estilo funcionalista que acaba siendo totalitario.

### **2.3 déficit metodológico**

Hay tres aspectos negativos que pueden lastrar al concilio, si no son superados. El primero es metodológico. El cardenal Medina en su discurso inaugural dedica dos párrafos a esta cuestión. Hay que estar atentos, dice, a “priorizar las recomendaciones, a no multiplicar excesivamente las iniciativas”. Y de modo más general, al constatar que “el documento de trabajo señala muchas y justificadas preocupaciones del Pueblo de Dios”, insiste en que hay que “remediar la raíz”. Si la observación es tan obvia ¿por qué no hemos procedido así en ninguno de los tres documentos estudiados? La causa es que nuestro ver se ha limitado a la enumeración de observaciones y no se ha dirigido a la realidad, compleja ciertamente pero estructurada, a la que ellas remiten. Si no acabamos con el método de luces y sombras o, si nos empeñamos en recurrir a él, si no lo completamos con el desentrañamiento de la estructura subyacente y más aún del núcleo problemático que la entraba, no descubriremos cuál es esa raíz que tenemos que remediar en nuestro actuar. Y esa tercera parte se limitará a pedir que se haga lo que en el ver se vio que no se hacía o que se haga bien lo que se señaló que se hacía mal. Ese método tornará inoperante al concilio.

### **2.4 el peligro de las recetas**

El segundo aspecto tiene que ver con esa observación del cardenal que acabamos de señalar. Es la tendencia que se observa en no pocos padres conciliares a que se den recetas. Es comprensible que se quiera llegar a resoluciones prácticas, a propuestas que incidan realmente en la vida de la Iglesia venezolana, que transformen la pastoral en las ciudades, en los barrios y en los campos. Sin embargo frente a esta tendencia quiero insistir que lo más práctico y duradero es salir del concilio con una buena teoría. Teoría no es doctrina ni declaración de

principios, es ese desentrañamiento de la raíz de los problemas y de la raíz del evangelio que los ilumina. A eso tiene que apuntar el concilio. Las conclusiones demasiado circunstanciadas enseguida quedan sobrepasadas por la realidad. Por ejemplo, la segunda parte de la *Gaudium et Spes* ya no se cita ni se lee, mientras que la primera todavía iluminará nuestro camino durante muchas generaciones. Alguna medida que destrabe procesos sí habrá que tomar. Es el caso, mi modo de ver, de levantar la prohibición de comulgar para concubinos estables de probada vida cristiana. No deja de ser curioso que se haya hablado tanto sobre la comunión en nuestra Iglesia venezolana y nada se ha dicho sobre la situación anómala de que la mayoría de las personas adultas que quieren comulgar no pueden hacerlo mientras que los que no tienen impedimentos legales no parecen tener mucho interés en hacerlo. Pasar esto por alto puede condenar a la irrelevancia todo el discurso. ¿O es que la Trinidad, fuente de comunión, ha desamparado a estas personas que son inocentes o hace años que están ya vitalmente reconciliadas? Así pues, sí habrá que tomar alguna medida clave. Pero, fuera de estos casos, lo fundamental es abrir perspectivas, señalar actitudes de fondo y propiciar estructuras adecuadas. Por ejemplo, a mi modo de ver, la novedad epocal de este concilio tendría que consistir en recoger la propuesta concreta y fundamentada de entregar la Biblia y sobre todo los evangelios al pueblo. Ésta es una propuesta orgánica cuando se hace ver cómo durante estos siglos habíamos seguido la vía ritual y la doctrinal para acercarnos a Jesús de Nazaret, pero habíamos obviado los evangelios, que son sin embargo la fuente insustituible. Y se propone cómo convertirlos en fuente de espiritualidad para los agentes de pastoral y para las comunidades cristianas, en fuente del proceso de iniciación cristiana, antes que ningún catecismo y base de todos ellos, y centro de la propuesta evangelizadora a quienes no tienen contacto con la Iglesia.

## **2.5 decir nuestra palabra**

El tercer punto en el que sería deseable un avance tiene que ver con la débil conciencia que tenemos de constituir una Iglesia local. Celebramos el Primer Concilio Plenario de la Iglesia Venezolana sin asumírnos como Iglesia local. Una muestra sencilla de esta falta de conciencia eclesial es que no nos atrevemos a tomar la palabra, a decir nuestra palabra. Hay partes casi completas de los documentos que son pura cita ensamblada de documentos eclesiásticos. Quiero aclarar que en general me parece que las citas están bien escogidas y que me parece bien poner alguna cita en los textos; pero éstos deben contener ante todo nuestras propias palabras o la Palabra de Dios. Lo demás debería conservarse ciertamente en señal de comunión, pero enviándose a las notas. Así lo hizo, por ejemplo, el alabado Tercer Sínodo de Caracas. Es claro que no hay en esta pro-

puesta ninguna arrogancia. Por el contrario, lo que propongo es el acto de humildad de exponernos tal como somos, de presentar a nuestros hermanos nuestra pobreza, que es nuestra verdad. Dios quiere que andemos en la verdad; es el único modo de crecer en ella.

Resumimos el balance diciendo que algo ha comenzado a moverse y que esperamos que se profundice este camino. Lo caminado hasta ahora nos ha dado alegría y esperanza.

Hay que destacar que, además de los 44 obispos en ejercicio y de los otros 13 jubilados que tenían voto deliberativo, estuvieron presentes con voto consultivo 35 vicarios generales y 64 vicarios episcopales, 37 superiores religiosos y religiosas, 74 representantes de las diócesis, 2 por cada diócesis, y 23 elegidos directamente por la conferencia episcopal. En total eran 286 miembros. Además el concilio había convocado a 34 peritos y expertos, que sin pertenecer al concilio, tenían voz en los grupos. Finalmente fueron invitados 13 observadores fraternos. En la asamblea había más de 70 laicos y laicas y 60 mujeres.

**HOMILÍA DEL SEÑOR NUNCIO DE SU SANTIDAD, MONS.  
ANDRÉ DUPUY,  
en la clausura de la primera sesión celebrativa del Concilio Plenario  
de Venezuela (Caracas, 1 de Diciembre del 2000)**

El salmo que nos propone la liturgia de este día, el último viernes del año litúrgico, es un himno de peregrinación. Una parte se cantaba caminando, y la otra, al llegar, en el Templo de Jerusalén, que era la meta del viaje. Tres veces al año, el pueblo fiel, en actitud de fe, subía al templo.

La Iglesia hoy, pueblo peregrino de Dios, ¿está encerrada en las sacristías, o camina por las calles y senderos del mundo? ¿Hacia dónde camina el pueblo de Dios? ¿Qué estrella lo guía y con quién camina? Estas preguntas me parecen útiles al terminar una semana tan rica en reflexiones y promesas.

Toda la historia de Israel ha sido una gran peregrinación. Desde el mismo instante en el que Abraham respondió a la llamada del Señor, este pueblo ha caminado largamente, dolorosamente, pero siempre con un ardiente deseo, con la mirada puesta en la esperanza del Mesías: «Todo mi ser se estremece de gozo y el Dios vivo es la causa...». Al término de su caminar lo esperaba el Cristo.

También nosotros debemos hacer siempre este camino. La Iglesia de nuestro tiempo recibe la misma llamada del Señor: si Cristo está presente esta tarde, en el centro de nuestra oración y de la Eucaristía, es para decirnos que este momento es una etapa en nuestro caminar hacia el reino. A lo largo de este año, la liturgia nos ha llevado en el seguimiento de Cristo, desde el Adviento a Pentecostés, para encaminarnos y cuestionarnos. La fe es siempre un descubrimiento, jamás se adquiere totalmente.

Crear en Dios es caminar con Dios. Recordemos: al comienzo del acto de fe de María, no solamente hay una obediencia a la palabra del Ángel, sino también un éxodo, una partida, un largo y difícil viaje de 4 días desde Nazaret hasta la casa de Isabel, en las montañas de Judea. Es un viaje difícil y valiente que simboliza perfectamente este otro viaje que hará María, el otro camino de la fe que la conducirá lentamente desde la fe de su pueblo a la fe en Cristo.

Ciertamente, la fe comporta siempre un éxodo, es decir, tener la valentía de cambiar nuestros desordenados hábitos de vida y las comodidades en las cuales nos hemos instalado; superar los temores que nos paralizan; eliminar aquellos cálculos humanos y cobardías que nos esclavizan.

En nombre de la fe - entendida de esta manera - no podemos aceptar una Iglesia dormida y pasiva o, peor aun, una Iglesia neutra e indiferente. No podemos admitir la que podríamos llamar Iglesia de Poncio Pilato, el cual, después de haber preguntado: ¿qué es la verdad? se lava las manos y envía el justo a la muerte. Nosotros queremos una Iglesia comprometida en los campos de batalla de la justicia, de la paz y de la salvaguardia de la creación.

Nosotros conocemos el mundo que nos espera: el mundo de la injusticia y de la violencia, sobre todo en los barrios; el mundo de la droga; el mundo de la criminalidad; el mundo de la corrupción, un mundo en el que el poder y el dinero son los nuevos dioses a quienes rendimos pleitesía. El mundo del joven que no encuentra sentido a la vida. El mundo del extranjero que no se siente completamente en su casa. El mundo de la naturaleza maltratada. Pero, al mismo tiempo, el mundo de cuanto bueno y hermoso se hace, también dentro de la Iglesia, de sus comunidades vivas y comprometidas que constituyen una promesa para el mañana; de esos hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, que desde hace tantos años, en medio de difíciles y arriesgadas condiciones de vida, valientemente dan testimonio de la esperanza que habita en sus corazones.

En este día mundial del SIDA, cómo no recordar a los 300 o 400 mil venezolanos infectados por el virus. Jesús nos enseña que toda persona humana es nuestro prójimo, un hermano o una hermana para nosotros. El mismo ha acogido al leproso, al ciego y al enfermo. La discriminación y la exclusión son contrarias al evangelio, mientras que la proximidad y la asistencia son signos visibles de esperanza y de redención.

Cuando comiencen a suceder estas cosas, nos dice Jesús en el versículo que precede al evangelio de hoy, anímense y levanten la cabeza. La Iglesia, y especialmente la Iglesia venezolana, va un poco encorvada bajo el peso de las pruebas. Jesús le pide que se enderece, que levante la cabeza. Lo que, para algunos, aparece como una debilidad y un fracaso, sin embargo, debe aparecer como el comienzo de la salvación. La savia, de forma oculta y secreta, va transformando al árbol que parece muerto y sin vida. Lentamente va subiendo hacia las ramas que parecían condenadas a la esterilidad, y vuelven a ponerse verdes, promesas de un nuevo nacimiento.

A nosotros peregrinos, lo que nos da ánimo, lo que nos impulsa a levantarnos y a ponernos en camino, es aquella palabra de la que el Señor dice al final del evangelio de hoy que nunca pasará.

Nuestra fe y nuestra esperanza consisten en el acto de fiarnos de una Palabra viva, una palabra que no pasa, una palabra activa y capaz de transformar radicalmente la realidad. La esperanza consiste en que esa palabra de Dios puede seguir siendo pronunciada, puede seguir naciendo. Me gusta la reflexión de un sacerdote que, comentando el texto del evangelio de Lucas que hemos escuchado, decía que la Palabra de Dios no es solamente la espera o la certeza, sino también la exigencia: «Nosotros obligamos a Dios a mantener su palabra y a no desmentirse. Cuando parece que Dios no conduce ya la historia, hay que obligarle a que lo haga... La esperanza es provocación y no acepta que la palabra de Dios sea cosa del pasado».

Más que nunca, permanezcamos vigilantes, especialmente en el momento presente con las circunstancias que lo acompañan. El Adviento, que empezamos mañana por la tarde, con las vísperas del primer domingo, nos exhorta a que estemos atentos a la venida del Señor que se inserta en nuestra historia. Porque cada momento de nuestra vida es un tiempo de gracia y de encuentro con el Dios que nos salva.

Señor del tiempo y de la historia, Padre de la vida y Dios de infinita paciencia, enséñanos el secreto del tiempo y de cada día.

***Mons. André DUPUY, Nuncio de Su Santidad en Venezuela***